

ASIMILACIÓN CRISTIANA.—Desde fines de otoño un puñado de hombres de deseos viene soñando un programa que se quiere fecundo para el futuro intelectual de España. El programa no es nuevo; se esbozó ya hace unos pocos años al discutir nuestro «problema» y se puede cifrar en una palabra: integración. O mejor, asimilación. Éste es al menos el eje de las reflexiones que unos y otros han hecho en los últimos meses. A ellas quisiéramos añadir nosotros las nuestras con igual afán de verdad y caridad.

La cuestión se plantea por todos desde el punto de vista católico, y se hace

del caso España una aplicación concreta del devenir cristiano.

Efectivamente. Desde aquella tarde en que el grano de mostaza se sepultó en la tierra intacta del Calvario, el Catolicismo ha absorbido muchos elementos extraños: no habría sido, de otro modo, un mensaje palpitante de vida. El anuncio de Cristo no ha desperdiciado ni una partecilla de lo bueno que la Humanidad tenía y tiene. Se lo ha asimilado. Cada civilización, cada cultura ha ofrecido a la «multiforme gracia de Dios» la oportunidad de una realización original y hallado a su vez en el Evangelio las condiciones de su expan-

sión auténtica. Hasta en el protestantismo encontraba alguien elementos —de valor accidental, psicológico, no dogmático— digeridos por el talante católico, y pensamos que en el fondo lo que allí descubría el autor con temor de escandalizarnos no era otra cosa sino la vieja y siempre joven virtud asimilante de este ser vivo engendrado por Cristo.

Hay, pues, asimilación en el Cristianismo. Y por eso —se dice— la ha de haber en España. Y por eso también nos parece legítima una sana inquietud de tomar conciencia de este devenir vital y de laborar con más diligencia en

tal empeño. Empeño delgadísimo, que reclama pulso, cabeza clara, conocimiento exacto de lo que somos —esencia— y de lo que asimilamos, sinceridad total.

Hoy quisiéramos, sin embargo, remontarnos más. Insistir en las condiciones, tres, intrínsecas al proceso mismo asimilador cristiano. Su aplicación en otros planos de la realidad humana, al nuestro español, podrá hacerla fácilmente el lector, pues esas condiciones, sin el acento sobrenatural que aquí llevan, conservan siempre su vigencia. Y en el caso de España aun con el acento, por tratarse de una integración

PROYECCIÓN

ideológica en la que el Cristianismo es valor esencial que trasciende todos los demás.

La primera, que la asimilación no es —en el Catolicismo menos que nunca— obra de antología sino, en buena parte, un proceso espontáneo dirigido por el Espíritu de Dios. Pretender canalizarlo, dictar los valores que han de asimilarse es algo que escapa a la perspectiva —a la prospectiva— de un hombre y aun de una generación. (Ésta es la vivencia de humillación, de impotencia sentida por todo creyente deseoso de influir en la historia; pero el creyente sabe, su pura fe en el Espíritu se lo dice, que no pasará nada aunque «se pierdan» aportaciones cotizadas en un momento dado, y que al fin no quedará sin absorber nada auténticamente valioso). Sin que pueda ni deba eliminarse el esfuerzo consciente de los hombres, hay que contar con que los procesos vitales se declaran espontáneamente —espontáneamente es también providencialmente—. Citar como ejemplo contrario el caso Santo Tomás-Aristóteles es simplificar ingenuamente los hechos o malconocer la historia del doscientos y de las dos centurias vecinas.

Segunda condición. Asimilación autónoma. Al afirmar que hay que asimilar, que bautizar, o dicho del revés, al reconocer que la Verdad de Cristo puede ser profundizada, por inagotable, al contacto de todo pensamiento humano, no queremos decir que haya de adaptarse a esos pensamientos humanos. Dejaría de ser trascendente. Queremos decir que las experiencias espirituales de que han brotado tales filosofías son capaces, si así conviene al Evangelio, «de enriquecer las expresiones humanas de la verdadera fe». (O al menos, si tan caóticas y extrañas son, tendrán el valor documental de diagnóstico, de confidencia del drama profundo de un alma o de una generación que la caridad de Cristo quiere, con respeto, redimir). Asimilar no es conformarse. Es digerir autónomamente según las verdaderas necesidades del organismo y del mundo.

Y conforme —tercera condición— a la conciencia viva del Catolicismo de ser siempre el mismo. Asimilación homogénea. Tocamos con esto la entraña misma del problema. Esa materia asimilada ha dejado, necesariamente, de ser extraña; es decir, ha sido redimida, arrancada dolorosamente de la concepción profana, quizás inconciliable, en que vivía. Ha habido muerte; y después resurrección a otra vida. Eso es bautizar. Y ésa es la belleza y profundidad y gloria de la asimilación cristiana. Las pequeñas ideas o actitudes de los hombres son sublimadas por vocación nueva, absorbidas homogéneamente en la corriente

PROYECCIÓN

de aguas claras del Cristianismo. Son nueva criatura. Ahí está la razón decisiva de que puedan pasar a la perennidad. Han quedado liberadas del tiempo, y de posibles anacronismos.

Nuestra visión del problema, visión de fe, asombrosamente dignificante de todo lo humano, podría quedar oscurecida, y hasta convertirse en piedra de escándalo: sería fácil reducir sus perspectivas a las de una cruel extirpación, desvitalizante, irreverente. Y entonces surgiría por reacción el apiadarse y dejar a los integrandos «con vida». Surgiría la fórmula de con-vivencia. Frente al concepto auténtico, tan hondo, de asimilación (espontánea, autónoma, homogénea) se ofrecería el pobre sustitutivo de una convivencia, pobre aunque se la intentase jerarquizar. ¿No hay en esta fórmula, latente, una penosa falta de valor, de fe, de seguridad en la virtud operante del Mensaje cristiano sobre el pensamiento de hoy?

A otros, creemos que tal convivencia los llevaría de un modo sutil, inconsciente, a la tentación de contemplar el Catolicismo como un simple factor cultural. Tentación difícil de descubrir para el católico europeo de Universidad ante el creciente respeto y aun cultivo por acatólicos del fenómeno cristiano desde un frío punto de vista psicológico, sociológico o histórico.

Frente a esta actitud la aceptación decidida del programa de asimilación crecería en urgencia. Sería el testimonio más nítido con que el creyente universitario subrayara que el mundo de la Revelación es para él de un orden infinitamente más alto. Al miembro de la Comunión de los Santos le deja imperturbable, en su óptica de fe, la consideración humana de que el Catolicismo sea «la mayor fuerza cultural de Occidente» o, menos aún, un instrumento apto para poner a Europa —o a España— «en forma».

